



Voceo casi apocalíptico de la modernidad y de sus turbulentas aguas que arrasan con todo, incluso Macondo —el penúltimo bastión de una identidad latinoamericana, en tanto el último esté a buen recaudo de este sociólogo flaco y alto, canoso, y padre de tres hijos—. José Joaquín Brunner cruza tranquilo los umbrales de la tradición de los intelectuales, del continente, de las utopías y de todo lo que pueda constituir la base de un pensamiento que de tan enraizado resulta el espíritu de una sociedad. Así, siguiéndolo en el torbellino desenfrenado de cuasi apología de la modernidad, aparece como el más transgresor de los transgresores, pese a su llamante título de presidente del Consejo Nacional de Televisión, o de coordinador de la Comisión del Diálogo Nacional sobre la Modernización de la Educación, que ratifican su opción de intelectual con responsabilidades públicas. Profesor investigador de Flaco, autor de una serie de libros de ensayos de política y cultura, ha sido consultor del Banco Mundial, Cepal, Unesco y otros organismos internacionales.

—Un intelectual chileno señalaba en este mismo espacio, a propósito de la necesidad de reconstruir “una alta cultura de izquierda”, que veía como una tragedia que pensadores como usted, potencial alimentador de esa alta cultura, pasen a cargos de gobierno. Otros sostienen que existen aquellos que piensan desde la perspectiva del príncipe, los “intelectuales de bolsillo”, que abaratan o arbatan el costo del pensamiento. ¿Qué tipo de intelectual representa, desde qué perspectiva enfrenta lo que es su reflexión?

—Creo en un ejercicio intelectual con responsabilidad pública, donde el pensamiento se confronta con los problemas de la realidad y para eso pienso que importa bastante poco el lugar ocupacional de las personas. O sea, si uno está en la Universidad, si está en un centro de investigación, si ejerce labores de consultoría o si está en una posición de gobierno y mantiene un ejercicio intelectual, me parece que eso es importante en tanto lo haga exponiendo su pensamiento y publicando.

—¿Y no le resta fuerza al tábano punzante a que se refiere Sócrates cuando habla del intelectual impugnador, el estar en el aparato estatal o vinculado al gobierno?

—No es necesariamente así. Yo supongo que una persona, en el gobierno o fuera de él, puede ejercer de la misma manera su libertad crítica. Es distinto aquel que está en el gobierno, por ejemplo, con responsabilidades muy centrales y obligado a defender ciertas políticas. Pero tampoco en ese caso me parece que sea cierto, porque esas personas por algo han aceptado —habiendo tenido durante su vida un ejercicio intelectual— estar en una posición como esa, ya que comparten fundamentalmente la política y, por lo tanto, están dispuestos a defenderla.

—¿Qué pasa entonces con los intelectuales y el consenso, o con el consenso entre los intelectuales?

—Creo que los intelectuales están llamados también a contribuir al consenso, pero desde el punto de vista de la argumentación. Precisamente, una de las cosas que pretenden hacer es articular ideas que lleguen a tener influencia en la sociedad. Desde el intelectual más crítico hasta el que defiende una determinada visión de las cosas está tratando de persuadir, argumentadamente, en torno a la necesidad de actuar en una cierta dirección. Desde ese punto de vista, uno puede decir que cumplen un papel muy importante en la articulación de determinados consensos en el plano de las ideas. Pero no están llamados, si lo hacen de hecho, a la articulación de esas ideas en el plano político, porque es



José Joaquín Brunner

Discurso contra el “macondismo”

FARIDE ZERAN

Es de aquellos pensadores que desde las cercanías de “el Príncipe” sostiene el derecho a la crítica y denuncia la modorra y el estancamiento intelectual. Polémico resulta este sociólogo de 49 años, impugnador de conceptos como “progresismo” o “humanismo”, a los que ubica en el siglo pasado. En su libro “Cartografía de la Modernidad” (Dolmen, 1994), las emprende además contra el “macondismo”, señalándolo como el último gesto aristocrático de un continente que se ve enfrentado a la modernidad.

una profesión distinta con canales y caminos muy diferentes.

—¿Cuál es su visión de la construcción del pensamiento hoy aquí en Chile? ¿Qué piensa del rol que están jugando los intelectuales?

—Pienso que estamos en un momento de cierto estancamiento en el plano de las ideas. Pero eso no es un fenómeno chileno, sino mundial, de las sociedades occidentales. Estamos en una época de grandes cambios en las sociedades, en las estructuras económicas, en las maneras de producir, de consumir, en las tecnologías que se emplean. Y el cambio es tan rápido que los intelectuales, tal vez por primera vez en la época moderna, se han quedado detrás del cambio. Eso hace que aparezca un cierto estancamiento, una cierta modorra intelectual. Los intelectuales están preocupados de revivir ideales del siglo XIX, bajo la forma de utopías ideológicas y hablan del progresismo, o de un humanismo que tiene mucho del pasado y, en cambio, no han tenido la capacidad de asumir las cosas que están ocurriendo en el mundo real para darles proyección en el terreno de las ideas.

—¿Por qué el progresismo o el humanismo, que son las bases del pensamiento liberal, son conceptos del siglo pasado que no responden a la sociedad actual?

—Si uno no es puramente nominalista, si no se queda con la etiqueta del concepto, lo que está codificado del concepto y la manera como sigue apareciendo en el debate efectivamente responde al siglo pasado. Por ejemplo, cuando se hace equívoco progresismo a laicismo o a una suerte de racionalismo, lo que uno está haciendo es recurrir a contenidos decimonónicos del progresismo por falta de imaginación y de capacidad de crear nuevos

contenidos. Podría perfectamente ser que el progresismo tenga sentido, pero tendría que tener una reconceptualización radical, habría que darle nuevos contenidos tensionados por lo que está ocurriendo hoy y por los debates de hoy en la sociedad.

—Precisamente esos conceptos surgen hoy y frente al debate de una ley de divorcio, por ejemplo, se acude a ellos con bastante frecuencia. ¿No son aplicables en un debate público de esta naturaleza?

—Tienen la grave dificultad de, más bien, poner el debate hacia atrás, en términos, por ejemplo, del conflicto del siglo pasado entre Iglesia Católica y Estado laico, y no en el terreno actual, donde los problemas son de la familia, de comprensión dentro del mundo cristiano de ciertos fenómenos, donde uno ve que hay católicos partidarios del divorcio y otros que no. Cuando uno introduce el concepto del progresismo a la manera del siglo XIX, lo que introduce es una especie de alineamiento, de división, que es artificial por artificial, porque recurre a la política del siglo pasado. Eso pasa permanentemente en nuestro debate y es lo que muestra el relativo estancamiento de la vida intelectual. No es tanto que falte la crítica, porque cuando se piensa en esos términos, se me ocurre que se está pensando otra vez que el intelectual se define únicamente en una sola dimensión, la de lo establecido: está a favor o en contra de lo establecido. Hoy día el desafío es completamente distinto, es cómo la gente es capaz de pensar frente a los grandes problemas que están en el debate, por ejemplo cómo se ubica uno frente a las tesis de la posmodernidad. Y ahí, en realidad, decimos progresista o no, no significa nada, porque no es cierto que si uno es progresista, tenga que estar a favor de las tesis posmodernas.

—Pasemos al tema de su libro, “Cartografía de la modernidad”.

—¿Qué elementos confluyen para conformar la modernidad? ¿Basta con tener “modernizadores”?

—La modernidad entendida como época histórica, tiene menos que ver con los agentes modernizadores que con ciertos procesos de gran intensidad que se han producido en el último siglo y que han tendido a universalizarse: la expansión y la globalización de los mercados, la organización de la economía en torno a los mercados, la expansión de la industria y el uso cada vez más intenso de tecnología en la producción y el consumo, la escuela y los procesos de escolarización y, por lo tanto, el aumento generalizado de la educación; el avance de la democracia y, por lo tanto, de formas de gobierno que no se legitiman sino al interior de un debate público con participación amplia de las poblaciones, los países, etcétera. Si, yo creo que son estos procesos los que están en la base de la modernidad y respecto de los cuales se constituyen agentes que uno puede llamar modernizadores, pero son los procesos en sí los que tienen esta fuerza irresistible que hace que la modernidad haya terminado por invadir el mundo.

—En este marco, uno puede asegurar que Chile es un país moderno?

—Esa es una discusión un tanto escolástica, porque son procesos. Uno no llega a ser moderno, en el sentido de que a veces se usa acá la palabra moderno porque hay determinadas construcciones en la sociedad, o determinadas formas de consumir. Todos esos son fenómenos que hacen parte de la modernidad, pero qué duda cabe que esta es una sociedad que está en pleno proceso de estar siendo transformada por la modernización, con todas las contradicciones que eso implica. Porque, además, solamente cuando uno otra vez retiene el concepto decimonónico del progreso, le resulta lógico pensar la modernización y la modernidad como una especie de proceso que va resolviendo, en etapas cada vez superiores, las contradicciones, los conflictos, los problemas de la sociedad, hasta llegar a una sociedad sin

De ola en ola [artículo] Alberto Arraño.

Libros y documentos

AUTORÍA

Arraño Acevedo, Alberto, 1914-1998

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

De ola en ola [artículo] Alberto Arraño.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile